

sentir de los Santos sobre la necesidad de tener un director, no se persuade de que los directores sean necesarios para él.

Cuando recibe de Dios cualesquiera gracias, las atribuye ordinariamente á sus propios méritos, y aún se cree digno de recibir otras nuevas: si ve que los demás no reciben el mismo favor que él, se imagina que esto viene de sus menores merecimientos, y que él vale más que los otros.

Si él no incurre en grandes desarreglos, para él esto es materia de propia complacencia; y en lugar de confundirse al verse al mismo tiempo sujeto á mil debilidades y lleno de mil imperfecciones, no tiene ningun temor de los juicios de Dios, y se mantiene en paz como si tuviese seguridad entera de su salvacion.

Si él descubre en alguno de sus hermanos los talentos que él no tiene, se lisonjea siempre de tener él ciertas cualidades que lo elevan sobre aquellos; y si se ve obligado á reconocer que ellos son más perfectos que él, no deja de atribuir esto á que ellos reciben más gracias, y nunca lo atribuye á sus infidelidades.

El quiere que se tengan por él grandes deferencias, y demanda siempre las distinciones y consideracion.

En fin, él está de tal modo lleno de sí mismo, que en su persona parece tener un ídolo. El no aprueba sino lo que hace, no

estima sino lo que dice, casi nunca cede á nadie, y se hace por su tenacidad y obstinacion insoportable á todo el mundo.

Examinemos si la presuncion y la muy buena opinion de nosotros mismos han sido causa de incurrir nosotros en alguno de estos desarreglos.

TERCER PUNTO.

Dios mio, que humillais á las almas presuntuosas y que os complacéis en confundir á todos aquellos que ponen su confianza en sus propias fuerzas: *Deus, qui presumentes de se et de sua virtute gloriantes humilias* (Orat. Eccl.), nosotros hacemos un firme propósito de poner siempre en Vos nuestro apoyo y de no presumir jamás de nosotros mismos, mediante vuestra santa gracia.

DE LA MORTIFICACION.

PRIMER EXÁMEN.

Sobre la necesidad de la mortificacion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo, origen esencial de toda verdad, enseñándonos por boca de san Pablo de cuánta importancia es mortificarse. *Fratres*, nos dice este Apóstol, *si secundum carnem vixeritis, morie-*

*mini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* Hermanos míos, de la mortificación depende nuestra salud: si os mortificáis, viviréis; si no os mortificáis, vuestra pérdida es infalible. Abracemos esta doctrina con una perfecta docilidad, y rindamos nuestros respetos y nuestras acciones de gracias á Aquel que la inspiró.

SEGUNDO PUNTO.

La mortificación es una virtud que hace que el cristiano procure por los sufrimientos y por las privaciones sujetar su carne y reprimir sus movimientos. Examinemos si nosotros estamos bien persuadidos de la necesidad que tenemos de esta virtud.

¿La hemos mirado como si fuera inseparable de la profesión cristiana, y como que nos es de necesidad para la salvación?

¿Hemos puesto atención á que nada como ella se nos recomienda más frecuentemente en el Evangelio, y que lo que allí dice nuestro Señor en orden á que es necesario hacerse violencia, renunciar á sí mismo, aborrecer su alma, llevar su cruz y seguirle no significa otra cosa, en lenguaje de los Santos, sino que es preciso mortificarse?

¿Hemos estado bien convencidos de que á ella es á la que san Pablo se refiere cuando manda crucificar la carne con sus codicias, y que sin ella no se puede ser de Jesucristo?

¿Consideramos con los Santos que en un alma que no se mortifica es imposible que sus inclinaciones no degeneren en pasiones, y que sus pasiones no le precipiten en el desventurado abismo del pecado?

¿Hemos creído que la mortificación da lugar á los pecadores para satisfacer á la justicia de Dios, á los cristianos para tributar homenaje á su santidad, y á los sacerdotes para ofrecer un sacrificio digno á su grandeza soberana, lo cual es lenguaje de los Santos: *Sacrificare Deo sacrificium justitiæ?* (S. Aug. in *Psal.* iv).

*Quid enim justius quam unusquisque seipsum puniens mactet?* (S. Aug. in *Psalmo* iv).

¿Hemos estado bien persuadidos de que de este ejercicio depende todo nuestro adelantamiento y toda nuestra perfección; y que como la inmortificación es el origen de los vicios y la causa de todos nuestros males, así la mortificación es el fundamento de las virtudes y el manantial de todos nuestros bienes?

En fin, en lugar de convencernos de todas estas verdades que la fe nos enseña en orden á la mortificación, ¿no nos hemos dejado llevar del error de las gentes del siglo, que creen estar en libertad cada uno de mortificarse ó de no hacerlo; que este ejercicio no es sino de consejo y de supererogación; que no es bueno sino para

los claustros, y que contiene una moral demasiado severa que no se puede imponer como obligacion en el mundo?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que quereis víctimas mortificadas, que aún á vuestro Hijo no habeis exceptuado de esta regla, y quisisteis que consumara su sacrificio sobre la cruz después de haber soportado toda suerte de sufrimientos y de mortificaciones, nosotros hacemos una firme resolucion de aprovecharnos de este ejemplo, y de no olvidar jamás que uno de los fines principales de su venida á la tierra fué el de ofrecernos á Dios como víctimas mortificadas segun la carne y vivificadas segun el espíritu: *Deo mortificatos quidem carne, vivificatos autem spiritu.*

SEGUNDO EXÁMEN.

De la estimacion y amor que debemos tener á la mortificacion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor todo lleno de amor y estimacion por la mortificacion. Fácil le era nacer en la opulencia, vivir en los placeres y morir sin pena alguna; y no obstante, por su eleccion quiere nacer en un establo, vivir en continuos trabajos y

morir sobre una cruz. ¡Qué admirable eleccion! ¡cuánto merece nuestros homenajes el amable Señor que nos dió tan grande ejemplo!

SEGUNDO PUNTO.

Los que estiman y aman la mortificacion buscan con cuidado los medios de mortificarse, abrazan con alegría sus prácticas, y se hacen un placer de ejercitarse en ella á imitacion de los Santos.

Ellos estudian de buena voluntad los motivos que les hacen ostensible su importancia y su indispensable necesidad.

Ellos reflexionan frecuentemente sobre el ejemplo de nuestro Señor, sobre los efectos maravillosos que ella opera en las almas, las gracias extraordinarias que atrae del cielo, y sobre las otras razones que pueden hacerles abrazarla más ardientemente.

Ellos se alegran cuando encuentran ocasiones de sufrir y de hacerse violencia, y bien lejos de sustraerse á las ocasiones que se presentan, por opuestas que ellas sean á su humor, las aprovechan con gozo y las miran como una de las más grandes venturas de esta vida.

Cuando se les ofrece alguna mortificacion, no dicen: Esta mortificacion no es para mí; no estoy obligado á ella; harto me rodean otras muchas; ella vendrá bien otra vez. Si alguno les mortifica, ellos no

se turban ni forman el menor resentimiento, y mantienen siempre con la persona su misma cordialidad y relacion.

Ellos jamás se permiten quejarse de las dificultades que acompañan á la virtud, ni deshonran los ejercicios de piedad bajo el pretexto de que son penosos.

Ellos se complacen con las personas mortificadas, conversan de buena voluntad de la mortificacion, no se avergüenzan de sostener sus intereses y de tomar su defensa delante de aquellos que osan combatirla.

En fin, como saben que la vida de un cristiano es una mortificacion continua, y que no se avanza en la perfeccion sino cuando uno se violenta más, todos los dias que pasan sin mortificarse los conceptuan perdidos.

*Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris.* (Imit. Chr. lib. 1, c. 25).

Examinemos por todas estas señales si nosotros tenemos amor y estimacion por la mortificacion.

TERCER PUNTO.

Oh Dios mio, sabiduría eterna, que no os complacéis con las almas inmortificadas: *Sapientia non invenitur in terra suaviter viventium;* llenadme, si os place, de amor y estima por la mortificacion, á fin de que privándome en adelante de las dulzuras y placeres de la vida, y no buscando

sino la manera de violentarme, yo me mantenga inseparablemente unido con Vos en la Cruz, y pueda decir con el Apóstol: *Christo confixus sum Cruci.* (Gal. II, 19).

TERCER EXÁMEN.

De la mortificacion en general y de las prácticas de la misma.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor pasando toda su vida en los ejercicios de la mortificacion: *Christus non sibi placuit.* Su carne no era como la nuestra sujeta á mil rebeliones; ella no obraba sino por los movimientos del Espíritu Santo, y sin embargo, para enseñar á mortificarnos y para merecernos esta gracia, nos ha hecho decir por su Profeta, que siempre vivió El en la pena y en el trabajo: *In laboribus à juventute mea.* (Psal. LXXXVII). Honremos esta conducta y aprovechémonos de este ejemplo.

SEGUNDO PUNTO.

Un cristiano bien mortificado trabaja sin cesar para corregir el desarreglo de su carne, para detener la importunidad de sus deseos, para reprimir la impetuosidad de sus movimientos; en una palabra, para

arreglar segun la fe todas sus potencias y todos sus sentidos interiores y exteriores.

El no rehusa para esto sufrir toda suerte de penas, y renuncia de buena voluntad á todas las satisfacciones, áun las permitidas, que pudiera tomar en esta vida.

El se mantiene en un alejamiento continuo de los deleites del mundo y en una separacion total de todo lo que pudiera dar algun contentamiento á su carne.

El se mantiene desviado, con esta mira, de toda suerte de delicadezas y de superfluidades.

Como sabe que su cuerpo es un esclavo, que si está bien nutrido se subleva contra su amo: *Qui delicate nutrit servum suum, postea sentiet eum contumacem* (Prov. xxix, v. 21), le priva muchas veces de lo necesario para debilitarle y para retenerle en la dependencia.

El se abstiene áun del placer que se encuentra en el uso de las cosas criadas de que tiene necesidad absoluta, y cuando no puede resistir á ese sentimiento, es fiel sin embargo á renunciar en espíritu á toda la satisfaccion que en eso la naturaleza puede tomar.

En fin, él procura constantemente conformarse en todo á Jesucristo crucificado, y siempre se considera en las privaciones y en todos sus sufrimientos como sobre el Calvario y en la cruz.

Examinemos si nosotros hemos excusado estas prácticas, haciéndonos ajenos á ellas por la disipacion de nuestros sentidos, por la inmortificacion de nuestras pasiones, por la superfluidad de nuestros deseos, por la ligereza de nuestro espíritu, por el desarreglo de nuestro corazon, por la demasiada condescendencia y ternura para con nosotros mismos; en una palabra, por una muy grande delicadeza para nuestra carne.

TERCER PUNTO.

Dios mio, puesto que el más grande honor de un cristiano consiste en seguir á vuestro Hijo, y que sólo por la mortificacion podemos procurar esta dicha, yo quiero abrazar con gozo todas las prácticas de esta virtud. Dispensadme esta gracia, oh mi Dios; y para mantenerme en ella más fiel, grabad profundamente en mi corazon esta divina instruccion que El mismo nos ha dado: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se renuncie á sí mismo, lleve su cruz todos los dias, y Me siga:» *Si quis vult post Me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur Me.* (Luc. ix, 23).

## CUARTO EXÁMEN.

De la mortificacion de nuestro humor y de nuestras inclinaciones.

### PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo instruyéndonos por el Apóstol sobre la obligacion que tenemos de mortificar nuestro humor y de morir á nuestras inclinaciones. *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu.* (Philip. II, 5). *Spiritu ambulate... Non quaecumque vultis, illa faciatis.* (Galat. c. V, 16, 17). Entrad en las inclinaciones del Hijo de Dios, esforzaos para renunciar las vuestras, y no os dejéis llevar de todo aquello que complace y se conforme con vuestro humor. Digna es esta instruccion de un tal Maestro, y bien merece El por ella toda nuestra gratitud.

### SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos sido fieles en no seguir nuestras inclinaciones y nuestro humor, y si los hemos mortificado en todas las ocasiones.

¿No hemos ejecutado muchas acciones en nuestra vida, y no las hacemos aún todos los días, solamente porque ellas nos gustan y porque se conforman con nuestro humor?

¿No hemos faltado muchas veces á practicar buenas obras por la repugnancia que á ellas sentíamos, ó solamente porque no encontrábamos para ellas inclinacion ó atractivo?

Cuando se nos ha dado consejo para que velemos un poco más sobre nosotros mismos, para no dejarnos llevar de la dissipacion ó hacernos alguna violencia, ¿no hemos hecho muy poco caso de esos consejos, lo mismo que de muchos otros avisos saludables, nada más que porque ellos no estaban en consonancia con nuestro humor?

¿No nos hemos portado con un extraordinario tedio y una extrema flojedad en todas las cosas que no se convenian con nuestro temperamento, y en las que no encontraba propension nuestra naturaleza?

Cuando ha sido necesario tomar alguna resolucion por nosotros mismos, y determinar sobre alguna cosa de interés, ¿no hemos consultado nuestra inclinacion y nuestro humor, más bien que la razon y lo que fuera de la voluntad de Dios?

¿No es por seguir con demasiada adhesion á este nuestro humor que hay en nosotros tanta ligereza, indiferencia y desarreglo en nuestras acciones y en toda nuestra conducta?

En fin, ¿buscamos los empleos, las ocupaciones, estudios y lecturas, entretenimientos y conversaciones, no precisamen-

te las que nos fueran más útiles, sino más bien las que son más conformes á nuestro humor y á nuestra inclinacion?

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que nuestro humor é inclinaciones son el origen de todos nuestros desarreglos; los pecados que proceden de ellas son más frecuentes, más graves y más peligrosos de lo que se cree, y que obrar por sus movimientos no es obrar como cristiano, mas es vivir segun la carne; yo tomo resolucion, mediante vuestra santa gracia, de modificarlas sin cesar, de no escucharlas jamás y de renunciar en todas mis acciones á la influencia que yo apereiba que es inspirada por ellas: *Debitorum sumus non carni, ut secundum carnem vivamus. Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini.* (Ad Rom.).

QUINTO EXÁMEN.

De la mortificacion de las pasiones en general.

PRIMER PUNTO.

Admiremos á nuestro Señor en el dominio soberano y absoluto que tenia sobre todos sus movimientos que nosotros llamamos pasiones. Ellos estaban en El tan arreglados y le estaban todos tan sujetos, que no habia en El uno solo que se pudie-

se sobreponer á su razon; todos sus afectos eran gobernados por la direccion del Espíritu Santo que le animaba. Acudamos con respeto á este manantial de todas las gracias, para poder reglar nuestras pasiones y mortificarlas segun lo decia el Apóstol: *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* (Galat. v).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros trabajamos asiduamente para mortificar nuestras pasiones.

A fin de lograrlo, es necesario abatir y debilitar la carne, segun la regla que nos dan los Santos: *Nisi carnis naturam attriveritis, mortificare passiones non poteritis.* (S. Epiph.).

Es necesario suprimir todos los placeres sensuales que las hacen vivir en nosotros, y las sirven de pasto y de atractivo. *Quod enim delectat exterius, hoc maxime hominis interiora corrumpit.* (S. Leo, Ser. 1 de jejun. Pentec).

Es necesario tratar de combatir las vigorosamente tan luego como ellas aparecen, y sofocarlas en su nacimiento: *Dum parvus est hostis, interfice, ut nequitia elidatur in semine: allide parvulas ad petram.* (S. Hier.).

Es necesario mirarlas como enemigos

irreconciliables, con los cuales no se debe hacer jamás tregua ni paz bajo cualquier pretexto que pueda darse: porque si nosotros cesamos de combatirlos, ellas no dejarán jamás de perdernos. *Nisi enim calcati fuerint, calcabunt nos: nisi prementur, oppriment nos.* (S. Bern. *Serm. de Ascensione*).

Es preciso guardarnos de no permitirles nada de lo que ellas demandan, por sumisas que aparenten estar.

Es necesario mantenerse siempre con desconfianza hácia ellas, y considerarlas como bestias feroces, que no se deben tratar sino con imperio, que no se dulcifican nunca por la dulzura, y que sólo el temor puede tenerlas en sus deberes. *Ut formidini subjaceant etiam substrate.* (S. Greg. *Pas. p. 2, c. 6*).

Aunque es necesario combatirlos todas con fidelidad igual, es aún más urgente atacar con particularidad á la predominante, que anima á todas las otras y que es como su sosten y su origen. *Validioribus enim superatis, celerem de residuis habebit facilemque victoriam.* (Cas. *Col. 5, cap. 14*).

En fin, aunque ellas nos parezcan estar del todo extinguidas, es preciso resolverse á no abandonar jamás este combate, porque ellas renacen siempre durante la vida, y no se obtiene de ellas una entera victo-

ria sino hasta la muerte: *Putata enim repullulant, et effugata redeunt, et reacceduntur extincta, et sopita denuo excitantur.* (S. Bern. *Serm. 56 in Cant.*).

Examinemos si nosotros hemos sido fieles en seguir estos avisos que nos dan los Santos para superar nuestras pasiones.

TERCER PUNTO.

¿De qué me serviría combatir contra enemigos extranjeros, si yo alimento en mí las pasiones, que son enemigos domésticos? Auxiliadme, oh Dios mio, para hacerlas guerra, y resistirlas con todas mis fuerzas, pues que no es sino por este combate y por esta resistencia que yo puedo obtener la paz del corazón, y que es preciso resolverse ó á ser esclavos, ó á vencerlas: *Dominari debes, ne dominari tibi prævaleant.* (S. Bernar. *Serm. 4 de Ascens.*).

*Resistendo passionibus, invenitur pax cordis.* (Imit. Chr. l. II, cap. 6).

SEXTO EXÁMEN.

De la mortificación de las pasiones en particular.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Jesús viviendo con María, y admiremos el grande imperio que El ejerce sobre los movimientos de su parte in-



terior. Jamás la hiel, la amargura ni la acritud han entrado en su alma. Ella goza continuamente de una profunda paz; y si siente alguna vez los movimientos de dolor, de temor y de tristeza, no le turban y se muestran siempre perfectamente sumisos á su razon. ¡Oh qué objeto tan digno de las complacencias de Dios y para el corazon de María! ¡Un interior tan santo merece muy bien nuestros respetos!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué fidelidad hemos tenido nosotros en mortificar cada una de nuestras pasiones, y si nos hemos servido de los remedios propios para hacernos superiores á ellas.

1. Para remediar la pasion del amor es necesario apartar la vista de las criaturas que pueden enternecer y mover el corazon; es preciso rechazar inmediatamente los pensamientos que acerca de él nos ocurren, y evitar con cuidado las ocasiones que pudieran renovarnos las ideas.

2. Los deseos se moderan suprimiendo lo superfluo, contentándose con lo necesario, y haciendo familiar el deseo de las cosas eternas.

3. El gozo ó el placer sensible se regula por el pensamiento de que Dios es ofendido ordinariamente en él, de que nosotros no estamos en este mundo sino

para hacer penitencia, y que un cristiano no debe suspirar sino por los gozos del cielo, que son mil veces más sólidos que los que proporciona la tierra, pues que son sin fin, sin amargura y sin defecto.

4. El odio se cura cambiando el pensamiento de las injurias que se han recibido, por la consideracion de que Dios nos perdona todos los dias de buena voluntad otras muchas, que siendo pecadores merecemos la aversion de todas las criaturas, en una palabra, que no debiéndose aborrecer sino el mal, y no habiendo en realidad otro mal verdadero sino el pecado, el pecado es únicamente lo que se debe odiar.

5. El temor que nos conduce á alejarnos de lo que creemos que nos es perjudicial, se disipa haciendo atencion á que las cosas que pasan comunmente por males en el mundo, no lo son sino en apariencia, y que son en realidad verdaderos bienes para un fiel cristiano que vive segun la fe, y que de ello sabe hacer el uso conveniente.

En fin, la tristeza pasa y el dolor se disipa por el pensamiento de que hay muchísimas personas en el mundo que ciertamente son más afligidas que nosotros, que nuestras culpas merecen mayores castigos, y que nuestras penas, que no pueden ser de más larga duracion que nuestra vida, son la semilla de una dicha eterna.

*Momentaneum et leve tribulationis nostrae  
eternum gloriae pondus operatur in nobis.*  
(II Cor. 4).

TERCER PUNTO.

Dios mio, las tempestades que nuestras pasiones excitan en nuestro corazon son mucho más temibles que aquella que conmovió á los Apóstoles sobre el mar de Galilea. Nosotros á su ejemplo recurrimos á Vos, y os decimos con ellos: «Señor, salvadnos, que vamos á perecer (1).» Escuchad, si os agrada, nuestra súplica, como escuchásteis la que entonces ellos os hicieron, á fin de que los movimientos desarreglados de nuestras pasiones sean apaciguados por vuestra gracia, y felizmente podamos experimentar lo que dice el Evangelista: El mandó á los vientos y á la mar, y se verificó una grande calma: *Imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* (Matth. VIII).

SÉPTIMO EXÁMEN.

De la mortificacion de las pasiones en particular.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, como al que solamente puede, por su gracia y su virtud, libertarnos de nuestras pasiones, y

(1) Domine, salva nos, perimus.

hacernos alcanzar sobre ellas una entera victoria: *Infelix ego, quis me liberabit de corpore mortis hujus? Gratia Dei per Jesum Christum.* (Rom. VII, 23, 24). Tributemos nuestros homenajes á este divino y muy amable Libertador.

SEGUNDO PUNTO.

La esperanza mundana se rectifica por la reflexion que se hace sobre la debilidad y la nada de las criaturas, las cuales nos muestran claramente que no es sino Dios que debe ser el objeto de nuestras esperanzas, y que no es sino El sólo en quien podemos sólidamente confiar.

La desesperacion se cura en vista de la misericordia de Dios, de los méritos inmensos de nuestro Señor, de la proteccion poderosa de la santísima Virgen y de los Santos, y por el socorro que proporcionan los avisos de un sabio director á quien se comuniquen las penas. El atrevimiento, la porfía y la terquedad se contienen en sus justos límites reflexionando que esta vida jamás ofrece una entera seguridad, que no hay un estado en que no se exponga uno á mil peligros, y que en todo momento se encuentra sobre el borde de un precipicio.

El temor y los terrores ni hacen impresion ni turban la paz del alma, cuando se atiende á lo que nos enseña la fe, á saber, que á Dios solo se debe temer, porque El

es únicamente quien, por sus justos castigos, nos puede hacer con toda verdad desgraciados.

La cólera se domina y se apacigua cuando se piensa que no hay arrebatos ni extravagancias que ella no haga cometer á los que la alimentan; que ella nos aleja infinitamente de esa conformidad que debemos tener con Jesucristo, cuyo carácter más propio y más sensible es la paz y la dulzura.

En fin, la envidia, los celos y todas esas otras pasiones que se levantan sin cesar de nuestro miserable fondo, se curan considerando, á las luces de la fe, cuán vergonzoso es su origen, pues que no tienen otro que la carne y el demonio; cuán funestos son sus efectos, pues que producen todo género de desarreglos en el cuerpo y en el alma; y cuán desgraciado es su fin, pues que los que se hacen sus esclavos no pueden esperar sino el infierno.

Examinemos si nosotros nos hemos servido de estos remedios y de estos santos pensamientos para mortificar nuestras pasiones.

TERCER PUNTO.

Venid, mi Señor Jesús, venid y vivid en nosotros. Reinad y dominad sobre todas nuestras pasiones, que no son menos enemigas de Vos que de nosotros:

*Dominare in medio inimicorum tuorum.*  
(Psalm. cix).

Fortificadnos con vuestra gracia, á fin de que mortalmente las aborrezcamos y las combatamos durante toda nuestra vida.  
*Persequar inimicos meos et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant.*  
(Psalm. xvii, 38).

OCTAVO EXÁMEN.

De la mortificación del propio espíritu.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo, habitando en nosotros para ser el principio de una nueva vida y la regla de todas nuestras acciones: *Nescitis quia Spiritus Dei habitat in nobis?* (I Cor. v, 6). ¿No seríamos nosotros muy ciegos despues de una tal gracia, si nos dejásemos alumbrar solamente por las luces de nuestro propio espíritu? Temamos mucho esta ceguedad, y rindamos todo género de obsequios, porque se digne El mismo prestarse á conducirnos. *Si spiritu vivimus, spiritu ambulamus.* (Galat. v, 25).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos sido fieles en mortificar nuestro propio espíritu, y si al menos evitamos sus cinco principales desarreglos.